

Entre reflejos y sombras

por Cuauhtémoc Medina

En una combinación afortunada, los proyectos de Regina Silveira y Fabiola Torres-Alzaga enfrentan al espectador a la experiencia de territorios desdoblados y volátiles, al despliegue de espacios que pudiéramos llamar “prismáticos” por la forma en que ponen en cuestión la continuidad física del campo visual. No obstante la radical diferencia de edades, latitudes, metodologías de ambas artistas, sus obras coinciden en poner dispositivos que intervienen la operación de nuestra visualidad, aludiendo a los dos fenómenos ópticos con los que Occidente ha negociado históricamente el estatuto de la imagen: el silueteado de las sombras y el símil de los reflejos.

Sombras y reflejos no son en estos trabajos el referente originario de la noción de la “apariencia” y de la peligrosa disyuntiva entre la imagen y la cosa. Por diferentes que sean sus tácticas, Silveira y Torres-Alzaga utilizan un simulacro para introducir una dimensión adicional al espacio fenomenológico, un desdoblamiento que (como anamorfosis barrocas) flota y ondula por encima de la representación, poniendo en crisis la estabilidad de la percepción.

(...)

Híbridos de máscara, calidoscopio, yelmo y portafolio, los *Porta-infinitos* son unos ingeniosos dispositivos articulados que se abren por medio de flejes para crear una especie de “ambientación” portátil. Su operación es en gran medida equivalente a habitar un calidoscopio. Estos cascos o escafandras están contruidos como prismas de espejos que al colocarlos sobre nuestros hombros bloquean enteramente la vista para sumergirnos en un mundo privado por igual utópico, divertido y aterrador, por la multiplicación de nuestra imagen y por los fragmentos de nuestro entorno. Lo que equivale a que en un lugar del horizonte, su usuario solo puede observar el punto *aleph* de la progresión infinita de los reflejos.

El *Porta-infinitos* pudiera verse como una síntesis de las varias tradiciones modernas y posmodernas: una cruz de los cubos de espejos de Robert Morris, el objeto-maleta de Duchamp y Fluxus, y sobre todo los visores-espejos que Lygia Clark desarrolló para sus *Mascaras sensoriales, Óculos y Oculos diálogo* de 1968 a 1969. Conjunción hecha, sin embargo, con humor modesto y delicado, más como artilugio que como objeto mesiánico. Porque al final de cuentas, estos objetos son juegos de salón contemporáneos: No sería difícil encontrarlos bajo el árbol de navidad, como un barato y portátil sustituto de la trascendencia.